

DIEGO DEL GASTOR

"El decía que yo sabía más que los médicos. Y yo entonces le dije: 'Pero, chiquillo, si yo no sé nada, si yo estoy estudiando ahora Botánica, Histología, Historia Natural...', si yo todavía no sé nada de Medicina'. Pero él decía: 'no, no; es que los veterinarios tienen mucho mérito. Porque los médicos no tienen más que preguntarle al enfermo, y le dice dónde le duele, lo que siente..., pero los mulos no hablan, los caballos no hablan. Tienen los veterinarios que sacarlo todo de la cabeza, y esto tiene mucho mérito'". (Palabras de Diego del Gastor, según don Manuel Roldán.)

EL arte popular sólo puede ser creado, desarrollado y dirigido por el pueblo. Un arte popular, al ir dirigido por el pueblo, tiene que partir de signos y claves populares. Diego sabía esto, porque exactamente era lo que hacía.

Lo que pueda significar en el canto la figura de «el bizco Amate» es lo que significa en lo flamenco musical la figura de Diego del Gastor. Si «el bizco» cantó en muchas tabernas a la hora del tinto, Diego, a las claritas del día, le tocaba a los aceituneros. Un arte popular no hace concesiones gratuitas ni arbitrarias. No se trata de que los garbanzos estén masticados y blandos, sino de su buena o mala condimentación. No de que la digestión sea rápida y artificial. No de provocar la siesta o el insomnio. Un arte popular sólo puede ser creado por el pueblo, y Diego era parte integrante de él, creador inagotable, activista musical desde la música para que la música fuese de todos.

Sólo dentro de sus niveles propios un arte popular puede desarrollarse libremente. Sólo con el pueblo puede el pueblo crear su arte. Lo demás son el insomnio o la siesta.

El 13 de julio de 1973, Diego Amaya Flores, en Morón de la Frontera, continuaba siendo un gran olvidado. Un desconocido tocaor de guitarra. Era un cadáver y parte de una música viva.

Diego del Gastor nació el 15 de marzo de 1908 en Arriate, localidad malagueña. Sin embargo, desde temprana edad se marchó a El Gastor, pueblecito situado entre Ronda, Jerez y Sevilla. Hijo de Juan y Bárbara, era el sexto de diez hermanos: Pepe, Dolores, Agustín, Carmen, Antonio «el me-



Diego del Gastor, un artista nato para el que la guitarra no tenía secretos: «Sólo hacía lo que la guitarra le dijese que hiciera».

llizo», Diego, Amparo, Teresa, Paco y Salvador.

Su bautizo —celebrado en la calle Sevilla, 120, de Ronda— duró cinco días, siendo apadrinado por unos gitanos (igual que él lo era) que atendían al sobrenombre de «pitito».

Al ser su padre tratante de bestias, desde pequeño frecuentó Ronda, Jerez y Morón, ayudándole a llevar las cuentas, pero siempre con una conciencia clara de lo que significan las bestias y la guitarra. Nunca mezcló música y dinero.

"... en aquellos años, hace veinte o veinticinco años, setenta u ochenta mil duros, una piara muy grande de bestias y cinco o seis casas". (Según Andrés Cabrera, amigo íntimo de Diego.)

La infancia de Diego del Gastor transcurrió entre las calles Arroyo y Molino. Entre las escalinatas de la iglesia y el pajar. Entre canciones populares y bulerías flamencas. Las primeras creaciones de Diego se basaron en los pasodobles, amén del flamenco, que le cantaba su amigo

Manuel Roldán —siempre muy bajo y con vergüenza— en el café de Miguelito.

Años de la Andonda y El Fillo, Años del Tenaza y los Gallardo, Paquirri y Ramón el Ollero, de Silverio Franconetti y de Tomás el Nitri. Años del aguardiente.

Manuel Torre, Aurelio Selles, El Cojo de Málaga, El Macaca, El Herrero, La Sarneta, Carito... Voces del aguardiente.

En el pajar nacieron por bulerías los pasodobles de Mari Cruz y Rocío. Los primeros tangos y las primeras decisiones importantes. El genio creador del que llegaría a ser el más legendario de los tocaores vivos había comenzado a desarrollarse.

"Diego, cuando tenía diez años, se sentaba en la puerta de su casa, en la calle Molino, y allí se pasaba horas y horas con un palo como si fuera una guitarra y con los labios imitaba sus sonidos...". (Carmen, bisnieta de José María «El Tempranillo», amiga desde la infancia de la familia de Diego.)

Su padre era un gran aficionado al flamenco; personas de edad con las que he estado hablando para elaborar este trabajo recuerdan con nostalgia algunos de sus cantos, sobre todo un viejo romance popular llamado «Romance de los diez perros» y una muy especial manera de interpretar las soleares. Soleares que hoy, y según palabras del propio Diego, sólo conoce Luis Torres, «Jocelero».

Si al principio sus estancias en Morón fueron esporádicas visitas a su hermana Dolores, por los años veintiocho se instaló definitivamente en él. De Morón fue Diego Bermúdez, «Tenazas». En Morón vivió La Andonda, casada con un arriero llamado El Oleganillo, a quien abandonaría para irse con El Fillo. ¿Las hoy llamadas soleares de Triana, no tendrían su origen en Morón? Desde luego hay quien defiende el origen de estas soleares, entre los que se encuentra Paco Ayala, eminente conocedor de los cantos.

Morón es un pueblo del Sur. Pueblo de emigrantes y pueblo bravo, eminentemente agrícola, con una industria incipiente y, salvo contadas excepciones, artesanal. Pueblo de muy fuertes contrastes, la luz y la cal no son otra cosa que lo reflejativo de antiguas tragedias. Situado a unos sesenta kilómetros de Sevilla y perteneciente a su provincia, ha sido foco de atracción para extranjeros y propios, que acudían



Morón de la Frontera, un pueblo agrícola y bravo donde transcurrió gran parte de su vida entre canciones populares y bulerías flamencas.

a él para oír el toque de Diego. Para que Diego les enseñara. Una vez en Morón, era Morón ya quien los retenía, lo mismo que era Morón el que impulsaba a sus habitantes a incrementar las filas de la emigración. Durante años, Morón fue deshabitándose, reduciéndose a casi la mitad de lo que llegó a ser. Los pueblos de Andalucía conocen bien las carreteras que conducen a Barcelona. Los trenes que caminan hacia Alemania y Suiza. Morón no es una excepción, es una gota más en el vaso que rebosa: un tener una mirada especial. Era mirada de vagón de tren. Esa mirada y esa sonrisa que las cuerdas de la guitarra de Diego sabían traducir. Las mismas voces grabadas en los magnetófonos desde Francfort o Stuttgart, el mismo temblor, los mismos ruidos de los enormes transistores con que vuelven los emigrantes, eran parte del sonido de la guitarra: Diego era una parte de Morón. Las gentes más humildes fueron siempre sus más fervientes seguidores.

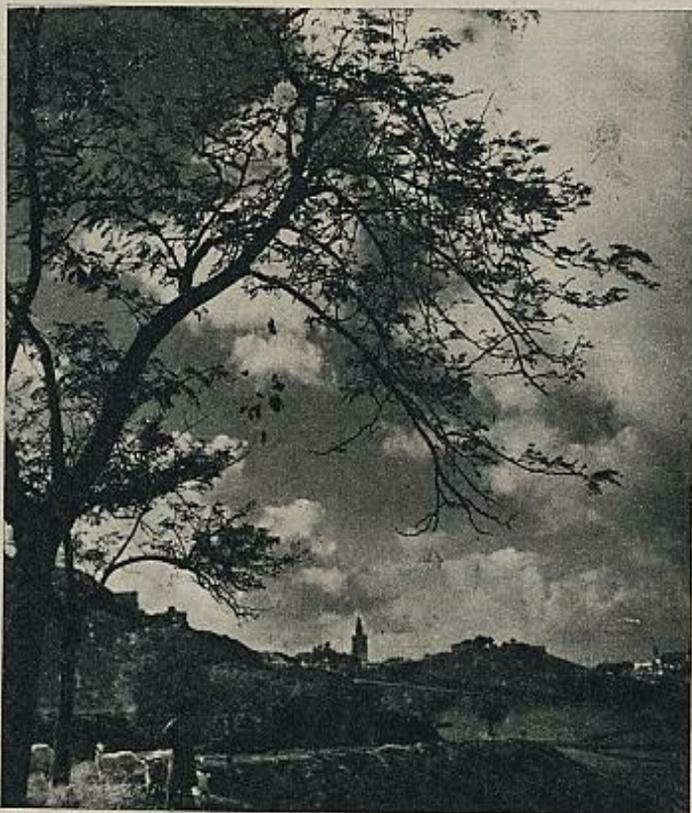
En Morón vivió Silverio Franconetti, el payo que a su vuelta de Argentina fue uno de los más importantes difusores del flamenco. En Morón, y sólo en Morón, está la única esperanza de que el toque de Diego no se pierda.

Si los pulgares son como el martillo de la fragua o como los ayes de El Loco Mateo, en Diego, el pulgar marcaba los silencios, esos silencios que ya usara Perico el del Lunar, esos silencios cargados de sonidos, que sólo sirven para que la boca sepa a sangre, como dice ese mueblecito viejo, carcomido y hermosamente hermoso a quien llaman «La Piriñaca».

Las influencias en el toque de Diego de su hermano Pepe, de Mesa, de Pepe Naranjo... del Niño Ricardo, nunca fueron —siendo importantes— sujetadores férreos que le impidieran el desarrollo de su imaginación y creatividad. Poseía los resortes propios de la intuición popular, que a determi-

nados niveles alcanza la categoría de saber. Con una enorme capacidad de captación, la guitarra no tenía para él secretos. Había llegado a tal fusión con los sonidos, que éstos eran sus incitadores:

"A mi me dice la guitarra que



Morón de la Frontera, ¿cuna de las hoy llamadas soleares de Triana?

le toque aquí o que le rasque en otro lado. Yo todo lo que hago es lo que ella me dice".

Al final de sus actuaciones en público, a las que Diego tenía tanto miedo, y tras los aplausos, no inclinaba su cabeza en señal de agradecimiento, sólo mostraba su guitarra, y con una mirada especial parecía recordarnos que sólo hacía lo que la guitarra le dijese que hiciera. En esos festivales, Diego era bien distinto a las «reuniones» de amigos. Lo que en éstas eran el valor y la entrega, en aquéllas eran el miedo y el respeto. Diego no gustaba del aplauso y el ruido, sólo pertenecía al silencio, y al final, el ruido pudo más que él mismo. El silencio que alrededor de su persona quiso construir fue roto por comerciantes y vendedores de música. Cintas con grabaciones de Diego atravesaron las fronteras y fueron vendidas a precios desorbitantes. Mientras Estados Unidos podía oír el toque de su guitarra, en muchas comarcas españolas continuaba completamente ignorado. Mientras más contratos rechazaba, más venían. Mientras más se ocultaba, más buscado era. Los años del tinto y el güisqui estaban pisoteando lo rancio del aguardiente. Diego sabía que una rueda sirve para rodarla, que basta con asirse al más humilde de sus radios para rodar, por eso nunca quiso abandonar Morón. Morón era la fortaleza de su miedo. Morón era la libertad y el dominio. Morón era el silencio. Abandonar Morón era entrar en la oferta y la demanda. Era abandonar los valores de uso de su guitarra y convertirlos en valores de cambios, en cheques al portador o en letras a noventa días. Diego sabía que en la raíz está la flor, aunque parezca que está en la rama.

Hubo tiempos pasados —cuentan voces antiguas— que el cante, al abandonar su origen minoritario, no perdió nada de su fuerza ni nada de su pureza. Cante y pueblo eran una misma cosa.

*Era el cante un arma,
el pueblo era una flor.
Una flor cargada
de pólvora y de amor.
(«Canción de la serranía».)*

Pueblo y cante siguen siendo hoy la misma cosa. Lo que el pueblo crea no lo mata el pueblo. Pero lo que es lo mismo puede ser separado, y entonces aparecen los Perets: «raphaels» del terrateniente y «lolas» del oligarca. En cualquier sistema político, el arte popular existe. Lo que ocurre es que no en todos los sistemas políticos el arte del pueblo puede desarrollarse, puede ▶

Black & Decker[®]

imprescindible en su hogar



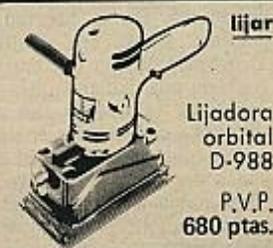
**Taladros
de 1 y 2 velocidades.
Taladros percutores.
A partir de 1.695 ptas.**

¡elija el taladro que necesite!

Con un taladro de 2 velocidades obtendrá más potencia y versatilidad de uso. El taladro percutor tiene 2 velocidades, más la posibilidad de convertirse en acción percutora, facilitando así la perforación en obra de cemento.
El taladro de 1 velocidad, sólo cuesta 1.695,- ptas.

Black & Decker es mucho más que un taladro

Con el accesorio adecuado usted podrá desarrollar múltiples aplicaciones. Entre ellas,



GRATIS recibirá un catálogo informativo enviando este cupón a Black & Decker. Apartado No. 40 - S. Baudilio L.L. (Barcelona)

Nombre _____
Dirección _____
Población _____ Provincia _____

Diego del Gastor

ser coreado y hecho suyo por las masas a la luz del día. Diego quería un arte de masas, pero sabía que jamás su arte podría serlo, pues siéndolo, jamás podría ser desarrollado sin unas premisas mínimas e imprescindibles. Diego, como cualquier profesional del arte, necesitaba un determinado clima. Como este clima no existía —ni existe—, era necesario cerrar ventanas, tapiar paredes, encender luces y volver a las cuevas oscuras del origen. Volver a los vientres en espera —o en construcción— del parto.

"Una noche que estábamos con Anzonini y Rosa "la Americana", llegaron dos coches de Algodonales con gentes de mucho relieve, serían ocho o nueve; cuando él vio que se nos acercaban para saludarnos, se descompuso, porque pensó que vendrían para llevarse a alguna fiesta. Como no les dijimos que se sentasen con nosotros, lo hicieron en otra mesa. Estábamos hablando de cosas antiguas, porque hacía veinte años que no nos veíamos, pero yo miraba buscando la guitarra por alguna parte, y la guitarra no aparecía. ¡Aquella era la noche esperada! Diego tenía ganas de tocar, pero como conocía a los señores y sabía que eran ricos, pensó: '¡Ya está, éstos vienen a por mí!'. Viendo que no se iban, Die-

go, levantándose, me preguntó si no habría alguna habitación, pues allí había mucho ruido. Cuando entramos, se levantó, y cerrando la puerta con el cerrojo, dirigiéndose hacia ellos, dijo: '¡Ea, tantos saludos, ya está bien de saludos! ¡M'alegro verte bueno!' Después pidió una guitarra, y cuando la tuvo en sus manos, sólo sabía acariciarla, y abrazándola se quedó un rato. Después me preguntó si mi padre había muerto".

El 13 de julio de 1973, Diego Amaya Flores moría de un infarto. Meses atrás había muerto «Barbarita», su madre. Diego murió en silencio, sin pronunciar una sola palabra. Ahora, al año de su muerte, un busto recuerda su nombre. Un homenaje póstumo: un festival para su toque.

Su música, hoy, sigue siendo una gran desconocida. Su música sigue en el silencio. El programa felizmente llevado por José María Velázquez y Pedro Túrberca en TVE tenía por sintonía su toque. Pero a pesar de eso, Diego es otro de los muchos españoles perdidos en un naufragio cultural y en un océano de silencios. El único homenaje válido es el de su propia música. Es necesario volver a los vientres para la construcción del parto. ■ JULIO VELEZ. Fotos: GOMEZ TERUEL.



Diego Amaya Flores ha muerto y su música sigue siendo una gran desconocida, perdida en un océano de silencios.